

Novela Incoherencia y sinsentido dan alma a la obra de David Ohle

Un libro de culto



David Ohle
Motorman
Traducción de Juan Sebastián Cárdenas

PERIFÉRICA
160 PÁGINAS
16 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Motorman, la primera novela de David Ohle (Nueva Orleans, 1941), constituye un ejemplo de lo sucedido con las vanguardias de los años sesenta y setenta del pasado siglo, durante este tiempo revestidas de una pátina de mitología que han permitido –a las obras más afortunadas– sobrevivir a los años. La historia de *Motorman* es bastante orientativa. El libro apareció en 1972, auspiciado por el prestigio editorial de Alfred A. Knopf. Poco antes y bajo la supervisión –y cabe suponer que la intromisión– de Gordon Lish, el tirano literario que remodeló a su gusto los relatos de Raymond Carver, aparecieron algunos fragmentos de la arquitectura y el estilo de la novela de Ohle en las páginas de la revista *Esquire*.

Para sintetizar lo sucedido, *Motorman* se convirtió rápidamente en un libro de culto. Por un lado Ohle estaba bajo el paraguas humano y artístico de William Burroughs y sus compinches, entre estos las figuras más rutilantes de la innovadora generación *beat*, sobre todo Kerouac, Ginsberg y Corso. Por otro lado, la guerra de Vietnam seguía siendo el referente de la izquierda norteamericana y algunos críticos y portavoces de la juventud contracultural –como Charles Olson– quisieron ver en el caos monumental que Ohle novelaba, con implicación formal del lenguaje, una imagen de la fractura social norteamericana provocada por la sangría vietnamita. Pese a que en ningún momento Ohle alude al conflicto –solo a “las guerras

de pega”–, hay quien sigue pensando que *Motorman* es lo mejor que se ha escrito sobre la guerra de Vietnam. Me pregunto si todos hemos leído el mismo texto.

Con la misma celeridad con que había rozado las estrellas, el libro de Ohle cayó en el olvido sin figurar siquiera en la mayoría de los manuales literarios de la época. Su autor –residente en Lawrence y profesor de la Universidad de Kansas– se hizo legendario. Ha escrito relatos en revistas, incluida *Esquire* y publicado novelas como *The age of Sinatra* o *The pistown chaos*, pero durante mucho tiempo fue el creador de una novela mitificada que solo un puñado de lectores admitían conocer. Hasta que fue reeditada en el 2004 y ahora ha aparecido su –compleja– traducción española.

¿Qué sucede con *Motorman* leída hoy? Se hace complicado de asimilar aunque luego no resulte difícil digerirla. Pero, ¿quién tiene hoy la paciencia y el coraje de hundir la mente en *El almuerzo desnudo* de Burroughs, en *Matadero cinco* de Kurt Vonnegut o, no nos engañemos, en las exploraciones llevadas al límite de la fantasía, el poshumanismo y el hartazgo de Thomas Pynchon? En una línea similar Ohle enfrenta a su personaje, el joven Moldenke, con un mundo distópico, alucinatorio, rigurosamente irreductible a cualquier intento de “explicarlo” con un mínimo de coherencia, en el que coexisten varias lunas y soles, la gente tiene más de un corazón, algunas cabezas están rellenas de gelatina, cualquier distorsión cósmica o física es asumible y poco a poco, a lo largo de ciento nueve secuencias de diversa índole y extensión, vemos como simultáneamente a la incongruencia de la sociedad en la que Moldenke y sus congéneres vienen obligados a malvivir, el lenguaje se va disolviendo en una alegoría hiperrealista que acaba perdiendo su sentido y razón de ser en el puro caos social, ideológico y expresivo.

No estoy muy seguro de que esta sea una interpretación correcta. En los años setenta, cuando Ohle concibió esta novela desquiciada, apocalíptica, prescindiendo de la lógica y del lector, la narrativa norteamericana de vanguardia tenía a gala renunciar a toda noción de carga moral, ética y formal para crear universos absurdos, de fantasía –en la tradición de Bruno Schulz o Stanislaw Witkiewicz– que resaltasen la existencia del vacío existencial en el que flotaban. De cualquier manera, en este momento de la evolución literaria a una orilla y otra del océano, *Motorman* debe ser tenida por una curiosidad, una obra que cuarenta años atrás surgió en un contexto mullido y hoy, en un mundo más hosco y no precisamente mejor, no tiene dónde fondear. Es lo que fue: un mito de antaño. |

Novela Un pasado teñido de crímenes se resiste al olvido

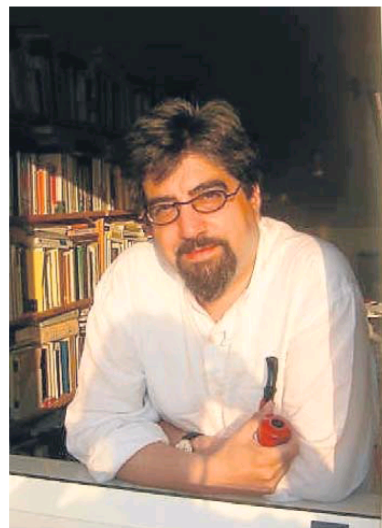
Entre tiro y tiro

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Si en las dos novelas anteriores de Luis García Jambrina (Zamora, 1960), *Manuscrito de piedra* y *Manuscrito de nieve* sus protagonistas –Lázaro González, más conocido como Lazarillo de Tormes, y Fernando de Rojas, el autor de *La Celestina*– nos sitúan en uno de los Siglos de Oro, el XVI, en *En tierra de lobos* nos trasladamos a 1953 –del 10 al 17 de marzo, para ser más concretos–, en pleno franquismo. El título procede de un poema de Claudio Rodríguez, “Por tierra de lobos”, ese país de cabrerros del poema de Jaime Gil de Biedma. El escenario principal sigue siendo Salamanca y su protagonista es Aurora Blanco, en la vida real la legendaria Margarita Landi, reportera de *Crónica de Sucesos*, en la vida real el no menos legendario *El Caso*, apetitoso alimento para la morbosa España de la época. De nuevo nos encontramos ante una peculiar novela policíaca en la que una periodista con vocación de profesionalidad y sentido de justicia

Luis García Jambrina
En tierra de lobos

EDICIONES B
216 PÁGINAS
16 EUROS



Luis García Jambrina

DOLORES GÓMEZ BLESIA

Fotograma de la película distópica ‘Brazil’, de Terry Gilliam